

Recuerdos de Rafael Maya

Escribe: **EDUARDO SANTA**

1. LA GENERACION DE "LOS NUEVOS"

Con la muerte de Rafael Maya desaparece uno de los últimos sobrevivientes de ese barco maravilloso, mágico y alucinado a la vez, habitado por hombres que tenían en el corazón el fuego de la pasión por las cosas bellas y el deseo de cambiar las formas de expresar sus sentimientos. Me refiero a la generación de "Los Nuevos", esos hombres que, nacidos en el límite de dos siglos, estuvieron determinados para actuar, para hacer su acto de presencia histórica en el interregno de las dos más grandes conflagraciones de la humanidad. Su plenitud, su vigencia histórica, como diría Ortega y Gasset, se proyecta en ese lapso discurrido entre la primera y la segunda guerra mundial. Le toca vivir, pues, una época convulsionada, una época en que el mundo empieza a cambiar de trajes como si fuera una mujer enamorada. Las influencias que golpean, desde la infancia misma, la sensibilidad de estos hombres, son tan ricas, tan variadas, que es como si estuvieran asistiendo al segundo nacimiento de la humanidad. En el orden internacional, esta generación de "Los Nuevos", a la que perteneció Rafael Maya, contempla el resplandor alucinante de la revolución mexicana, de la revolución bolchevique, los experimentos fascistas y nazis de Benito Mussolini y de Adolfo Hitler, el horror de Nagasaki y de Hiroshima, y verá también el cambio radical de las costumbres, el derrumbamiento estrepitoso de ideas, filosofías y valores, el impulso del sistema capitalista, el desarrollo desaforado del industrialismo y la consiguiente deshumanización del hombre, la ruptura de las tinieblas con la luz eléctrica, el vuelo maravilloso del sonido con el invento de Marconi, el viaje misterioso de las ondas por los surcos de los primeros discos en las viejas ortofónicas y, saliéndose del disco,

también, para cruzar los mares y las montañas y llegar a esas cajas mágicas, parlantes, de los radiorreceptores, todo eso que señala en nuestro medio, en nuestro país, lo que tantas veces se ha tratado de definir como el "paso de la mula al avión". Por eso mismo, fue por antonomasia la generación innovadora, el grupo de hombres que se rebela contra los módulos impuestos por la llamada "Generación del Centenario", la tropilla inquieta de talentos y sensibilidades que buscaron afanosamente nuevos caminos y nuevas formas de expresión, tanto en el arte como en la política. Habían nacido con el sino del cambio, como si fuera una señal de ceniza en la frente; como si fueran los profetas del nuevo siglo que se iniciaba con ellos. Nacieron para innovar, para cambiar, para ir al ritmo de las transformaciones nuevas. En Colombia, como en todo el mundo, estos hombres tuvieron la fiebre de lanzarse en busca de nuevos derroteros. Y en verdad que lo lograron. En política, por el lado de los conservadores, son los leopardos y los nacionalistas que siguen a Silvio Villegas, Augusto Ramírez Moreno y Eliseo Arango, pero, del otro lado, también, son los liberales de avanzada con Jorge Eliécer Gaitán, Carlos Arango Vélez, Darío Echandía, Alberto Lleras, Carlos Lozano y Gabriel Turbay, y las voces apocalípticas y premonitorias de la izquierda con María Cano y Tomás Uribe Márquez. De un lado, los ecos de la revolución bolchevique, pero del otro son las encíclicas de León XIII y las enseñanzas de Maurras, de Sorel y de Pareto. Y en literatura, serán las influencias de D'Anunzio y de Nietzsche y de la generación española del 98. Al calor de tales influencias políticas, económicas y sociales se levanta la inconformidad de esta generación. Con ella empieza el siglo XX en nuestro país.

En el campo de las artes plásticas esas voces serán las de Luis Alberto Acuña, Rómulo Rozo, Gonzalo Ariza, Ramón Barba, Pedro Nel Gómez, Ignacio Gómez Jaramillo, Santiago Martínez Delgado, Roberto Pizano y José Rodríguez Acevedo las que lanzarán su blasfemia y la echarán a rodar escandalosamente, como una piedra grande y sin pulimentar, por los atajos de la cultura. Quieren romper definitivamente con los moldes clásicos, con los moldes de la academia, con el tradicionalismo. Desean darle sentido de autenticidad a lo que pintan y esculpen, y van en busca de nuestras raíces aborígenes, a nuestra propia arcilla, en busca de la levadura popular, para plasmar con ella sus sueños y sus propias vivencias. Y en la poesía serán, principalmente, Rafael Maya, León de Greiff, Luis Vidales, Al-

berto Angel Montoya, Germán Pardo García y José Umaña Bernal. Rica nómina, no menos importante que la de los grandes prosistas de la misma generación, representada en figuras como Germán Arciniegas, Rafael Bernal Jiménez, Luis Tejada, Osorio Lizarazo, Juan Lozano, Antonio J. Arango, Bernardo Arias Trujillo, Eduardo Zalamea Borda, Restrepo Millán, Jorge Zalamea y César Uribe Piedrahita.

2. MAYA INNOVADOR

Con la muerte de Rafael Maya se nos va, pues, uno de esos últimos sobrevivientes de esa gran generación de innovadores, de inconformes, de buscadores de nuevos caminos para echar a caminar sobre ellos sus sueños, sus esperanzas, sus utopías y sus realidades. Pero no solo es eso. Es que con Rafael Maya se nos ha ido también uno de los más grandes poetas colombianos de todos los tiempos. Frecuentemente los que han escrito sobre la obra de Maya han olvidado lo que este gran lírico representa como innovador en la poesía colombiana y americana. Cuando la generación de "Los Nuevos" irrumpe en el panorama nacional, la poesía que se está haciendo en Colombia tiene un tanto de artificio, de preciosismo y de inautenticidad. Los temas predilectos son los temas galantes, de un romanticismo decadente como en Eduardo Castillo, o de una frialdad marmórea, sin raíces en el corazón, aunque de una precisión escultórica, como en Valencia. Es la consagración apabullante del simbolismo y del modernismo, con sus temas exóticos, ajenos a nuestra realidad circundante. Rafael Maya reacciona contra estas modas y estas influencias. Pulsa su lira polifónica devolviéndole al verso su propia y auténtica sencillez, exprimiendo su corazón para extraerle los jugos de su sensibilidad en consonancia con la naturaleza. Los montes, los ríos, los crepúsculos, las rosas, las nubes, los arroyos y los árboles constituyen el telón de fondo para que su rica sensibilidad construya los caminos de la belleza, para que con ellos construya sus himnos a la vida. El amor en la poesía de Maya no es propiamente un tema reiterado, sino más bien un clima permanente, una temperatura emocional donde el poeta incuba sus sueños o, quizás, mejor, un ámbito para que en él se levante su canto panteísta, como un faro enhiesto y solitario, dispuesto a dar luz y vida y emoción y autenticidad a la nueva poesía colombiana. Por esto la poesía de Maya tiene cierto sentido virgiliano, cierto sabor a égloga, pero no por el prurito de

imitar a los clásicos, sino porque su sensibilidad se nutre en los campos de su tierra nativa. El sentido de la tierra, de que hablara el mismo Nietzsche, las campiñas donde discurrió su infancia provinciana y, sobre todo, ese consustancial amor a la naturaleza que, en el fondo, es amor al hombre mismo. Maya sabe —y lo siente— que a medida que el hombre se aparta de esa naturaleza, se va volviendo inauténtico, se va deshumanizando. Y Maya es un humanista por formación y por temperamento. Y lo es cuando escribe en verso y cuando escribe en prosa. En todas las manifestaciones de su diario vivir. Ese sentido panteísta que bulle en casi toda su producción poética, aparece más intenso en sus primeros libros especialmente en “La vida en la sombra” y en “Coros de mediodía”, en los cuales su impulso creador y su fuerza renovadora aparecen con mayor fuerza quizás que en sus libros posteriores. En el primero de ellos encontramos, por ejemplo, aquel poema donde se confunde con la voz del agua. Su panteísmo jubiloso y puro le hace decir:

*Yo soy el agua azul de la montaña
nací en un hueco del breñal salvaje
y no llevo ni espumas de coraje
ni al caminante mi cristal engaña.*

*No me desborda con rugiente saña
ni a vastos mares enderezo el viaje;
solo copio los tonos del paisaje
y solo huertos mi corriente baña.*

*Y humilde y en silencio, mi destino
es ser buena y cordial; ser agua pura
a través de la hierba del camino.
Correr sin nombre, padecer quebrantos,
y morir una noche en la espesura
como murieron tus mejores cantos.*

3. EL SENTIDO DE LA AUTENTICIDAD

Lo curioso es que Rafael Maya hizo de su poesía un arroyo permanente; un arroyo que fluía de su corazón, en forma de palabras transparentes, serenas y sencillas, como su propia vida. No hay artificio en su verso. Suelto, ágil y profundo al mismo tiempo. Una poesía que tiene tanto de euritmia, de elástico ritmo, y

de hondura conceptual. Una poesía hecha con los hilos del corazón, pero tejida delicadamente con las manos invisibles del pensamiento. Maya es un rebelde que desdeña los trillados caminos de convertir el verso en estuche precioso para guardar en él los ungüentos y las joyas de la mujer que se mira en el espejo de la literatura. Ni un medio para lucir culturas foráneas y para hacer la exaltación del asfodelo y la mezquita. Ni un sistema para construir con la palabra pulimentada verdaderos templos, donde las imágenes tienen la belleza de las estatuas de mármol, pero conservan la frialdad y la rigidez hierática de las mismas. Nada de eso. La poesía de Maya es lo elemental, lo sencillo, lo que nos rodea sin que nosotros a veces lo veamos, es decir lo nuestro y lo universal al mismo tiempo. Es el campo humedecido por el rocío matinal. Es la rosa que abre sus pétalos para contemplar la majestad de los crepúsculos. Es el viento que pasa tañendo melodías en las hojas de los árboles. Es la mujer diluída en la turgencia de los montes, tendida en actitud de entrega sobre los valles umbríos, pródiga y maternal en los frutos que penden de los árboles, musical e incitante en la voz de sus arroyos, y misteriosa y enigmática en los cielos profundos y estrellados de las noches del trópico.

Era lo cotidiano. Lo que veía en sus campos de Popayán y en sus campos de Colombia. No necesitaba trasladarse a otras latitudes para pulsar su lira, para sentir el tibio aliento de las musas. Ni recurrir al campo de la historia universal para convertirla en presente poético. Ni buscar sus temas solamente en los mundos inagotables de su imaginación fantasiosa. Nada de eso. La poesía estaba en él, bajo sus propios pies, dentro de él, y a su lado. Por eso fue auténtico tanto en su vida como en su obra. Y sencillo, y tímido, y humilde, y modesto. Y por lo mismo grande, y universal. Jamás le hizo concesiones a las modas literarias. Aunque le dijeran anticuado, aquellas luciérnagas que solo alumbran un instante entre la noche y ya se creen las poseedoras de la luz. Aquellos que por escribir sandeces, medrando en el aplauso, se muestran desdeñosos de todo lo grande y consolidado que tiene la cultura. Maya escribió como debe siempre escribir el escritor auténtico: como se lo dictaba su propio corazón. Escribía como sentía. Porque para Maya escribir no era un pasatiempo, ni una simple terapia emocional, ni una manera de buscar prestigio o de ganar pasajeros laureles y fáciles aplausos. Para Maya, escribir era una cosa bien sencilla y difícil a la vez. Para Maya escribir era la propia forma de su vida. Por eso dice él mismo en uno de sus más bellos poemas:

*No vayas nunca, alada
musa, tras el aplauso
que prodigan los otros. Busca solo
tu íntima complacencia
en todo cuanto cantas,
como busca el espejo
la gracia, nada más, con que las cosas
hallan ser bellas en su claro fondo.
Canta todos los días
el milagro del mundo
recién nacido, y canta
el prodigio divino que es tu vida,
humilde, triste, silenciosa y buena.
No busques en retóricas
superfluas el sentido
del vago anhelo que sofoca tu alma.*

El tema del amor, por ejemplo, lo trata con donosura y con esa sencillez y esa armonía, que constituían la estética de su creación. También con la nostalgia que baña suavemente toda su obra, desde la primera a la última de todas las estrofas del poeta. Ese temblor telúrico, ese asombro poético, esa delicada elación, esa suave melancolía que cruza como un tenue rayo de luz por la penumbra de su alma, se ponen de manifiesto en este tan conocido y tan bello poema sobre una situación tan trajinada, tan manoseada, tan vieja y a la vez tan nueva, como es la del amor que se va añejando, poco a poco, entre las ánforas de la vida y del tiempo. Qué suavidad, qué honda melancolía, cuando dice el poeta:

*Oye, seremos tristes, dulce señora mía.
Nadie sabrá el secreto de esta suave tristeza.
Tristes como ese valle que a oscurecer empieza,
tristes como el crepúsculo de una estación tardía.*

*Tendrá nuestra tristeza un poco de ufanía
no más, como ese leve carmín de tu belleza,
y juntos lloraremos, sin lágrimas, la alteza
de sueños que matamos estérilmente un día.*

*Oye, seremos tristes, con la tristeza vaga
de los parques lejanos, de las muertas ciudades,
de los puertos nocturnos cuyo faro se apaga.*

*Y así, bajo el otoño, tranquilamente unidos
tu vivirás de nuevo tus viejas vanidades
y yo la gloria póstuma de mis triunfos perdidos.*

Pero si en la búsqueda y ejercicio de una nueva temática Maya fue un innovador, también lo fue desde el punto de vista de la forma. Maya fue el primer poeta colombiano que utilizó el verso libre, como él mismo lo dijera en alguna ocasión. Y es absolutamente cierto. Lo avala su propia poesía. Basta asomarse a ese universo encantado de todos sus poemarios, para ver su creatividad y la inquietud de su mundo interior buscando caminos nuevos para echar a andar sobre ellos la riqueza inagotable de su sensibilidad. Un gran número de sus cantos está construido en ese verso libre, suelto, pero armónico, lleno de ritmo interior, sin disonancias ni prosaísmos. Porque Rafael Maya fue un innovador sin estridencias. Mientras otros de su generación buscaron la originalidad y enrumbaron su inconformismo hacia la búsqueda de formas extravagantes y prosaicas, Maya encontró el verdadero verso libre para hacerlo, sin caer en esa especie de malabarismo y de acrobacias verbales, a veces ingeniosas, pero que más nos acercan a las famosas "greguerías" que a la naturaleza misma del arte poético.

4. EL PROSISTA

Pero la importancia de Maya en la literatura colombiana e hispanoamericana no está únicamente en el campo de la poesía. Siendo, indudablemente, uno de los más grandes poetas de todos los tiempos —como antes lo expresamos— es también uno de los mejores prosistas. Tuvo un gran dominio del idioma; manejaba las palabras con precisión desconcertante; conocía a fondo los secretos de nuestro léxico. Pero lejos de construir sus oraciones con el pesado academismo de quien pule y repule, de quien calcula y mide demasiado, de quien pesa y sopesa los materiales con los cuales construye su prosa, en Maya se nota más bien la agilidad y la soltura del verdadero creador que conoce a fondo su oficio. Podemos decir que manejaba la prosa con elegancia, con fluidez y con majestad. No hay en su obra un adjetivo que sobre ni un adjetivo mal empleado, ni una inflexión verbal incorrecta. Pero no porque haya hecho del idioma una camisa de fuerza ni se haya sometido a lo que muchos gramáticos de oficio han concebido como la tiranía de la sintaxis. Sino porque en Maya

la palabra era su forma de ser, su manera de existir. La palabra le fluía correcta y precisa, como adecuado vehículo de su pensamiento, de su emoción, de su sentido de la estética. Conteníala idea como el guante suave y terso contiene la mano que se mueve en el aire con natural elegancia. No se ve, pues, en su prosa, esa corrección forzada de los autores que escriben con la gramática y el diccionario de sinónimos y antónimos sobre el escritorio. La belleza de su prosa está justamente en esa corrección natural, espontánea, de quien tiene el oído atento para capturar la palabra exacta con que va a exteriorizar sus profundos pensamientos. Por eso su prosa tiene ritmo, euritmia, cadencia, flexibilidad. Y no solo eso, sino la majestad que pudo darle la correspondencia misma de su corazón con su inteligencia, es decir, de su pensamiento con su vida.

5. EL CRITICO

Otro aspecto importante en el Maya que se nos ha ido para siempre, en el Maya que escribió ayer, que recordamos hoy y que necesariamente consagrará la posteridad, es el crítico honesto, versado, conocedor de su oficio, capaz de decir las cosas sin adulación pero sin acritud ni resquemores. Actitud que por cierto le causó tantos sinsabores en este país donde la crítica se confunde con la alabanza del amigo, con las palabras que se dicen por interés o se callan por temor, cuando no por envidia y recelo; o con la diatriba beligerante y a veces soez del enemigo visible o embozado; o también con el ejercicio un tanto irresponsable de la péñola, para presumir de erudito, o de culto, o de dispensador de famas y administrador de prestigios. Eso que últimamente hemos visto con el nombre de crítica, en algunos importantes medios de comunicación, pero que en el fondo no es otra cosa que cierto afán exhibicionista de lo que pudiéramos llamar con cierto eufemismo y anglicismo, al mismo tiempo, retozos de los play-boys de nuestra literatura vernácula.

Para Rafael Maya la crítica fue una actividad al servicio de la cultura nacional. Podía sustraerse al subjetivismo que imprimen la amistad o la enemistad; poseía, pues, ese don maravilloso que dan los dioses a los hombres honestos. Maya hizo crítica no para halagar ni para zaherir, ni para alcanzar posiciones contemporizando con los escritores oficiales del momento; ni para congraciarse con nadie, y menos para sacarse clavos ni

saldar viejas o nuevas deudas de dignidad o de honor. Hizo crítica, simplemente, porque era buen catador y porque dentro de sus concepciones del arte y de la vida se sintió obligado a comunicar sus experiencias de lector atento, inteligente y creativo. Por todo esto, por su conocimiento de nuestra literatura, de sus raíces, de su desenvolvimiento histórico, nos legó la más objetiva, útil y amena obra literaria en ese campo. Me refiero a sus "Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana", obra ya considerada como clásica. La Academia Colombiana de Historia, vio en dicha obra, sin duda alguna, no solo una pieza de valor crítico sino de un alto valor para la historia de las letras nacionales, para la historia de la cultura, razón por la cual exaltó su nombre para un sillón de numerario en esta casa, honrando al maestro, pero a la vez honrándose ella misma.

6. SU TESTAMENTO LITERARIO

Le vimos la última vez que asistió a la Academia Colombiana de Historia, con su discreción y su señorío, con la majestad de un símbolo que viene del pasado, atento a la palabra de sus colegas, en actitud silenciosa, siempre pensativo e inmerso en sus vastos mundos interiores, sin sospechar siquiera que exactamente ocho días más tarde, la muerte por fin escucharía sus añejas y reiteradas invocaciones:

*Un día vendrá la muerte
no sé de dónde. Yo estaré dormido
y ella dirá: no quiero que despierte.
Y, pisando sin ruido,
como una madre que se acerca al lecho
de su hijo enfermo, cerrará mis ojos
y cruzará mis manos sobre el pecho.*

*Y vendrán a llamarme.
Levántate que es hora
de que comience tu labor! Apresta
ya el corazón a recibir la aurora,
pues cada día nuevo es una fiesta.*

Solo que la muerte, como casi siempre suele suceder, y como para contrariar los anhelos del hombre y sus pobres premoniciones y deseos, no encontró al poeta dormido, sino despierto, en plena vigilia, construyendo sus sueños. Soñaba con este libro póstu-

mo, que fue saliendo de su espíritu, sintiendo de verdad que era su última obra literaria. Su despedida del mundo donde toda su vida había sido una fiesta de su inteligencia, una fiesta íntima y discreta, con la discreción que tiene siempre la auténtica creación de los valores del espíritu. Le fue fluyendo del corazón, donde guardaba celosamente sus más caros recuerdos, la imagen de sus padres, de sus viejos amigos, por los que profesó el más acendrado de todos sus afectos. Durante los últimos seis meses de su rica existencia, estuvimos trabajando en estas páginas que él mismo solía llamar afectuosamente "mi testamento literario". Contestaba con entusiasmo las preguntas que le iba formulando, con una vitalidad asombrosa. Trabajábamos todas las semanas, durante horas enteras, y así logramos grabar ocho cintas magnetofónicas, ocho casetes, que tras pasados al papel con suma fidelidad, constituyen esta obra. "Nunca lo habíamos visto tan eufórico como en estos últimos meses", me decía a veces su distinguida esposa doña Nelly Gallego. Tenía su esperanza puesta en el nacimiento de este nuevo ser. En la última fiesta de académicos y amigos, a la cual asistió, la noche en que la Academia recibió como miembro de número a Lucio Pabón Núñez, no hizo otra cosa que hablarle a José Manuel Rivas Sacconi y a otros amigos de su "testamento literario", el libro que elaboramos y que felizmente terminamos el día anterior al de su muerte. Como si la extraña y silenciosa visitante esperara generosamente a que el grande poeta colombiano dijera sus últimas palabras de ese libro que es el recuento de su propia vida. Allí quedaron consignadas sus experiencias infantiles en la vieja e idílica Popayán de sus afectos; sus primeros estudios; su primer viaje a Bogotá; los recuerdos de sus compañeros de universidad; su amistad entrañable con José Eustasio Rivera, Eduardo Castillo, Miguel Rash Isla, Porfirio Barba Jacob, Jorge Eliécer Gaitán, Gabriel Turbay, Ramírez Moreno, Germán Arciniegas, Alberto Lleras Camargo y tantos otros grandes de la literatura y la política; todo ello salpicado de anécdotas deliciosas, que nos dejan ver al hombre en su intimidad, al hombre sencillo y bueno que había detrás del académico aparentemente solemne y retraído; su conocimiento personal de Julio Flórez, de José María Vargas Vila y de Tomás Carrasquilla; toda la vida literaria del Bogotá romántico y sentimental de los años veinte a los años cuarenta, que justamente fue el período en que "Los Nuevos" insurgieron con sus versos y sus pinturas, sus novelas, sus ensayos y sus esculturas, sus discursos y sus lemas, y con su deliciosa

bohemia en la que el corazón de todos era un vaso en el que fermentaban al unísono los licores, las ideas, las lecturas y los recuerdos. Al son de un charlestón, de una lluvia de confeti, de un reinado estudiantil, componían un poema o diseñaban un cuadro. El suicidio de ese gran artista del lápiz, con el que dibujaba tanto los cuerpos como las almas, y que se llamó Ricardo Rendón, le conmovió a Maya profundamente; él le vio morir entre los tremendos estertores de su larga agonía y a él se refiere, con verdadero patetismo; la amistad con José Eustasio Rivera la evoca con detalles iluminados por la admiración y el afecto hacia el verdadero creador de la novela americana y nos cuenta cómo en largas noches de camaradería corrigieron los originales de "La Vorágine", "decapitando alejandrinos" que abundaban en ella; su primer reportaje a ese gran panfletario que fue José María Vargas Vila, entre el resplandor artificial y obnubilante de todas sus frases efectistas y sus anillos ostentosos; su amistad profunda, casi protectora, con el gran Porfirio Barba Jacob y la visión que de él nos da como hombre que tenía el corazón de niño y la capacidad de vivir esa "vida profunda", tan distante a esa imagen de poeta maldito y extraviado que el mismo Barba Jacob quiso crearse dentro de su propio infantilismo; aquella mañana sombría en que exhumaron los restos de José Asunción Silva llevándolos de aquel solitario y casi siniestro cementerio de los suicidas al panteón familiar en donde hoy reposan; al igual que la exhumación de los de su hermana Elvira, esa mañana húmeda y melancólica; lo que encontraron en un féretro y en otro; su amistad con Tamí Espinosa, aquel estudiante compañero que murió de hambre y de tuberculosis, evocado también por Germán Arciniegas, y que pidió que lo enterraran con los libros de versos de su amigo Rafael Maya; su amistad con Guillermo Valencia y León de Greiff; sus viajes por Europa; sus visitas a la casa de Petrarca y de Chateaubriand; su accidentada y ocasional vida diplomática; su concepto sobre la obra literaria de los más eminentes escritores y poetas de nuestro país y de Latinoamérica; todo ello ha quedado grabado en las cintas que hoy son materia de este libro.

7. EL HOMBRE

Esta obra ha nacido justamente del afecto y de la admiración que desde hace muchos años he profesado a Rafael Maya. De una amistad sincera que se inicia cuando el poeta escribe unas líneas generosas sobre mi primer libro, siendo su autor casi un

adolescente. Mi admiración por el Maestro, en lugar de declinar con el paso del tiempo, se fue acrecentando. Y se hizo fuerte y sólida cuando pude verlo en la intimidad de su hogar, llevando aquella vida sobria, modesta, pero llena de orgullosa dignidad, alejado de toda pompa y de todo oropel, registrando el paso silencioso del tiempo en su permanente cogitar, viendo cómo se va la vida "tan callando" como en las magistrales estrofas de Manrique, mirando desdeñosamente tanta mediocridad coronada de elogios interesados y tanta fortuna mal hecha y peor administrada, y tanta vanidad y tanta concupiscencia que corroe la entraña de la Patria. Vivió en la plenitud de su vida interior, rodeado del cariño de los suyos y de la admiración y el afecto de sus viejos amigos. Admirable era verlo dictar sus clases de literatura, en su propia casa, conversar con sus alumnos, mostrarles los libros de su rica biblioteca, decirles a todos "mis amigos", acercarse a ellos con el afecto de un abuelo bondadoso, caminar lentamente por las estancias de su casa en busca de un cuaderno, apoyado en ese grueso bastón sobre el cual descansaba el peso formidable de un valor literario, estético y moral que se nos ha ido para siempre. Jamás le escuché palabras desobligantes para nadie. Ni durante los largos días de trabajo, de confianza, dejó escapar una sola expresión de amargura, de resentimiento o de pesimismo. Tengo la impresión de que Colombia no fue generosa ni justa con su más grande poeta de este siglo. Le quedó debiendo ese gran homenaje nacional que nunca le fue tributado con la exacta medida de sus merecimientos. Durante sus últimos años, encontró en la cátedra un cálido refugio y en su habitual modestia una coraza contra la indiferencia de sus propios compatriotas.